

062. El Mesías

Una de las canciones más famosas, más cantadas, más inspiradas en honor de Jesucristo se llama... ¿lo adivinamos? ¡*El Aleluya!*, de Händel. Nos la sabemos de memoria y nos entusiasma de verdad. El mismo autor decía que se la había inspirado Dios. Jesucristo aparece en sus notas con todo el esplendor de su Resurrección, y es la culminación de toda la obra titulada *El Mesías*.

Si queremos ahora pensar en Jesús como *El Mesías*, ¿nos escapamos con la imaginación a esa pieza musical arrebatadora?... No haríamos mal, pues Jesús es el Mesías glorioso, el Resucitado, el Rey universal, Soberano de los ángeles y santos, y ante cuyo poder se dobla hasta el mismo infierno.

Sin embargo, cuando pensamos en el Mesías, aplicado al Jesús del Evangelio, la cosa cambia por completo. En el Evangelio, llamar *Mesías* a Jesús significa verlo humilde, penitente, abnegado, odiado, perseguido, porque ejercita su función de Sacerdote, Profeta y Rey de una manera como no la soñaba el pueblo ni la quería Satanás.

Satanás, sospechando de la vida tan especial de Jesús, quiere saber la verdad y le pregunta sobre los tres ideales del pueblo respecto del Mesías que había de venir. Pero Jesús le va haciendo ver que no, que Él no es ese Mesías trazado por el pueblo y por el mismo Satanás, sino un Mesías muy diferente.

Las respuestas de Jesús las podríamos formular de la siguiente manera.

El pueblo sueña en un Mesías-Rey que le dé pan en abundancia, que traiga prosperidad al pueblo para que no padezca más. Y Jesús afirma:

- No, yo no soy ese Mesías. Yo no cambio las piedras en pan, ni para mí ni para el pueblo. Yo soy un Mesías que dará otro pan muy diferente...

El pueblo quiere un Mesías-Rey glorioso, que deslumbré, que aterre a los romanos, dominadores de Israel. Y Jesús deshace estas ilusiones:

- *Yo no me tiro de la cima del Templo para que todos los judíos me aplaudan y teman los romanos. Mi camino será el de la humildad...*

El pueblo quiere un Mesías-Rey con dominio sobre todas las naciones del mundo. Satanás se ofrece a Jesús para la realización de ese sueño del poder social y político. Pero Jesús se pone fuerte:

- *Tú me lo ofreces todo si me arrodillo delante de ti. ¡Pero te engañas! Yo no soy ese Mesías. Yo seré el dueño del mundo por un camino muy diferente. Cuando yo sea levantado sobre la tierra, cuando muera en una cruz, entonces atraeré todo a mí, porque seré Rey de amor. Todo al revés de lo que tú piensas y me propones. ¡Así que apártate de aquí, Satanás!... (Mateo 4,1-11)*

¿Qué va a ocurrir en la vida de Jesús? Pues esto: que como las gentes —sobre todo los dirigentes del pueblo— se ven frustrados en sus ideales mesiánicos, aunque se entusiasman de momento con el joven Maestro de Nazaret, pronto le dejan solo y comienzan con una persecución que no parará sino en la cruz.

Los caminos trazados por Dios para nuestra salvación difieren diametralmente de los que nos forjamos los hombres.

Todo lo que no sea contar con un Mesías, con un Cristo, obediente al Padre, es una equivocación.

Todo lo que no sea contar con un Mesías, con un Cristo, pobre y humilde, es una equivocación.

Todo lo que no sea contar con un Mesías, con un Cristo, que sufre para salvarnos, es una equivocación.

Todo lo que no sea contar con un Mesías, con un Cristo, que rechaza el reinado terreno sobre el mundo, que renuncia al poder político, es una equivocación.

Porque es ponerse en contradicción con lo que el mismo Jesús quiere hacer entender a Pilato: *Sí, yo soy Rey. Pero mi reinado no es de este mundo.*

Uno de aquellos evangelios apócrifos o falsos, que se inventaron en los primeros siglos, pone en labios de Jesús estas palabras dirigidas a un alma y a todo el mundo: *-Yo soy para ti luz, si me miras. Yo soy para ti espejo, si piensas en mí. Yo soy para ti puerta, si acudes a mí y llamas. Yo soy para ti camino, si andas por mí. Amén.*

El evangelio es apócrifo, pero estas sus palabras son muy hermosas. La misión de Jesús como Mesías es llevarnos a Dios.

Dios quiere un mundo justo, ordenado, digno de sus hijos; y por eso no acepta ni tolera la injusticia y la falta de amor, a la vez que nos exige a todos el trabajar por el mundo como un compromiso de nuestra vocación cristiana. Iglesia o religión que no se compromete con el mundo no es la Iglesia de Jesucristo ni profesa una religión auténtica y querida por Dios.

Pero es también una equivocación total el soñar con iglesias, sectas o religiones que proclaman un mesianismo temporal, económico, político. ¿Y no es ésta una grave tentación que padecen nuestros días?... Nos fiamos muy poco de los Mesías que la pasan bien, aunque se proclamen enviados de Dios.

Nosotros, creyentes, sabemos que tenemos en el Cielo —ya reinando y sin dolor— a Jesús, el Mesías que Dios mandó al mundo para salvarlo. Nos entusiasma el aclamarlo con cantos de gloria, tan exuberantes de armonía como el *Aleluya* famoso. Y hacemos bien cuando así cantamos nuestra alegría pascual.

Pero contamos ante todo y sobre todo con un Mesías obediente al Padre, con un Mesías humilde y pobre, con un Cristo Crucificado, que sigue salvando al mundo con la eficacia de la Cruz, hoy participada por todos los miembros de la Iglesia que sufren. Los salvadores del mundo son los crucificados con Cristo. Estos mesías no engañan, porque son como el Mesías Jesús...